

MONTIEL DE ARNAIZ  
JUICIO LETAL



Tras serle detectado un grave cáncer de pulmón, el prestigioso abogado Daniel Radler abandona su bufete y se recluye en una lujosa mansión de madera junto a un pantano para hacer balance de su vida y su oficio. Mientras los fantasmas de su pasado vuelven para reclamarle cuentas pendientes, Radler conoce a una enigmática mujer, la Ase-sina Pelirroja, que lo arrastra al interior de una terrible causa criminal por una estafa a enfermos terminales.

# **JUICIO LETAL**

Enrique Montiel de Arnáiz

*A Enrique Montiel, mi padre*

«¿Hemos de seguir persiguiendo a ese pez asesino hasta que hunda al último hombre?  
¿Nos ha de arrastrar al fondo del mar?»

Herman Melville,  
*Moby Dick*

«La abogacía es una amante celosa»

John Grisham,  
*Un abogado rebelde*

«Y esa otra, ¿por qué no podría ser la calavera de un abogado? ¿Adónde están sus equívocos y sutilezas ahora; sus casos, sus interpretaciones y sus engaños?»

William Shakespeare,  
*Hamlet*

## I

Supe que me quedaban menos de trescientos sesenta y cinco días de vida un jueves. No voy a aburrirle diciendo que en aquel instante el cielo era gris o que el mar estaba encrespado o que lloré, o reí, o me fui de putas. El día que me informaron de cuándo caducaría mi vida, esta cambió. Para bien. Tras más de dos décadas ejerciendo con éxito la abogacía, vi con claridad el objetivo que había de alcanzar antes de llegar al final del oscuro túnel que me esperaba por delante: debía ocuparme de mí. No era algo difícil; carecía de familia y mis amigos eran pocos y lejanos. Les comuniqué a mis compañeros de despacho, Benito Escudier y Jeff Hortas, la noticia de que dejaba nuestro bufete y les cedía mi cartera de clientes. No necesitaba su dinero. Yo había amasado ya una importante fortuna. Envié también un burofax con acuse de recibo y certificación de contenido a la Mutualidad de la Abogacía Española al objeto de que tuviera constancia de mis circunstancias y tramitara lo que fuere conveniente, aunque dudaba de que pudiera conocer el resultado de esa gestión antes de que me enterraran en el mejor ataúd que la compañía aseguradora de mi deceso pudiera pagar. Sería con la toga puesta, eso sí.

La capa gremial, mi vieja amiga.

Sin más misterios, lo confieso: fui a casa, me senté en un sofá orejero tras servirme un vaso corto de Blanton's *Gold Edition* con hielo y me dispuse a reflexionar. Concretamente, sobre cómo ocuparía el tiempo que me quedaba

entre los seres con alma. Pese a que aún era —o me consideraba— joven, con cuarenta y siete años recién cumplidos, había vivido más y mejores experiencias que las que cualquier otra persona podría haber disfrutado en una existencia *completa* de, digamos, ochenta y cinco inviernos. En mis más de veinte años de ejercicio profesional había obtenido grandes victorias y pesarasas derrotas, ganado muchísimos euros y dejado de cobrar otros tantos honorarios, disfruté también de un inmenso reconocimiento profesional que contrastaba con mi falta de afectos personales. Eso sí, había viajado por todo el mundo, tanto por placer como para impartir extravagantes conferencias en congresos de abogados. Me preguntaba qué querría hacer, adónde iría ahora, y no se me ocurría ningún lugar que me apasionara.

Hasta que no apuré mi bebida no lo tuve claro: deseaba retirarme a un lugar tranquilo, alejado del bullicio y la problemática que habían coexistido conmigo durante el último lustro. Un sitio plácido donde pudiera dedicarme a mis verdaderas pasiones: el disfrute de la música, toda ella, desde la clásica al *rock*, pasando por el *jazz* e incluso el flamenco; la lectura de los más de cinco mil libros que seguían, vírgenes, esperándome desde toda mi vida en la biblioteca de mi mansión, en el vientre de una inmensa estancia recubierta de madera noble, esbozada con denuedo por un ebanista que me debía un buen dinero.

Y escribir, sí, escribir. Siempre había soñado con dedicarme a la literatura cuando mi carrera profesional declinara, al encontrarme cercano ya a la setentena, y liberar así todo el conocimiento vital —propio y ajeno— que había podido atesorar en mi dilatado ejercicio de la abogacía en una serie de novelas y cuentos, al estilo de Ferdinand Von Schirach. Sin embargo, consideré que, restándole tan pocos voltios a la pila de mi reloj vital, lo ideal sería dedicarme a la escritura de mi vida, a la confección de mi biografía, una que fuera tan interesante como la que leí de Limó-

nov, o la que desbrozó en diversos volúmenes Karl Ove Knausgård, o las de Zweig. Soñé con dejar mi legado, mi sabiduría, mis experiencias, a quien quisiera leerlas. Pero no, esa hagiografía no es esto que usted lee. Ni mucho menos. Esto es otra cosa.

Me llamo Daniel Radler y este libro, simple y llanamente, es una venganza.

## II

Cinco o seis años atrás, había incorporado a mi patrimonio un piso en una urbanización de lujo a las afueras de la vecina población de Reinas. Era un lugar precioso junto a un campo de golf, pero tenía vecinos ruidosos. El propietario del apartamento colindante al mío era un viejo constructor al que la crisis del sector inmobiliario de 2008 había arruinado hasta el punto de que llevaba diez años malviviendo del dinero negro que tenía guardado. Como no podía hacer ya ostentación de su poderío económico —el Porsche Cayenne embargado y subastado, el quad transmitido sin papeles, la novia embarazada que sustituyó a la esposa madura, cada vez más quejumbrosa—, me causaba especial molestia cuando discutía con aquella, lo que era a menudo.

Dejando atrás el campo de golf, salí a dar un paseo largo por los carriles de tierra ceñidos por maizales. Me había puesto mis zapatillas de deporte *limited serie* con diseño dedicado a la escuela Bauhaus, con un esbelto diseño de vivos colores entremezclados. Había preparado y descargado una selección de canciones en mi *smartphone*, dispuesto a escucharlas con mis cascos *Bluetooth*. Lo fácil que eran antes las cosas, sin tanta tecnología y este abuso de los anglicismos que la sociedad nos ha obligado a adoptar. Pese a que no hacía mucho calor aún, me puse una gorra deportiva de visera ancha, como si fuera un rapero, y comencé a caminar por los carriles que separaban —o unían— Reinas de La Baraka. Me gusta andar. Fuerzo las

revoluciones de mi corazón y activo el metabolismo mental, si es que eso existe. Siempre se ha dicho que hay un tipo de música para cada momento y el ejemplo más clásico ha sido el de las canciones románticas como paso previo a hacer el amor. Estoy muy de acuerdo. Aquel día sonaba la voz poderosa de David Coverdale y su legendaria banda de *rock*, Whitesnake. «La serpiente blanca», pensé. Por aquellos carriles no era inusual encontrarse con alimañas como conejos, ratones o incluso culebras, pero nunca había hallado una serpiente blanca.

«Luego la serpiente blanca debo ser yo», volví a pensar.

Tras escuchar «Still of the Night», la siguiente canción que se reprodujo fue «Beat on the Brat» de los Ramones y aceleré un poco más el ritmo. Mi cuerpo parecía el mismo de siempre. Costó romper a sudar, pero luego me sentí una máquina mal engrasada. Al cabo de media hora, llegué junto al campo de Fructuoso Martín, al que encontré en la puerta de su finca hablando con su hija Inma acerca de la última tanda de naranjas que había en su huerto.

—Este año no han venido tan dulces como el anterior.

Yo intervine, retirando los auriculares de mis oídos, mientras le ofrecía mi mano a modo de saludo. Fructuoso se había jubilado hacía unos años del negocio de la venta al por mayor de frutas y verduras, oficio al que había dedicado toda su vida.

—¿Las naranjas vienen o salen?

—Es un poco temprano aún para hablar de filosofía —respondió Fructuoso—, y, más aún, sin haber tomado un buen café en el Curro.

—Si queréis ir a tomar café, id sin problema. Yo me iba ya, que entro a trabajar a las diez —medió Inma.

Era una mujer feliz, siempre sonriente. En una ocasión había salido en televisión en un *reality show* de actuaciones musicales interpretando una copla de Pasión Vega, su artista predilecta. No se clasificó para la final del concurso,

pero su actuación le llegó a la cantante, que la invitó a participar en un concierto privado que tenía contratado en un chiringuito *chill out* en la playa de Sira. Jamás hubo nadie tan feliz desafinando tan poco.

–Lo que diga su señoría –bromeé con Fructuoso Martín, que sonrió mientras se colocaba un amplio sombrero que protegía al sol de sus arrugas al tiempo que apretaba mi mano, arrastrándome hacia él.

–Pero pago yo, letrado, que ya nos conocemos –sentenció. Yo no pude sino aceptar, algo envarado, aquella invitación obligatoria.

Tras despedirnos de Inma, su padre y yo fuimos caminando unos quince minutos por el caminito que circulaba paralelo a la vieja carretera secundaria. A ambos lados de la vía crecían las chumberas y otros árboles bajos y frondosos entre cuyos ramajes se colaban afilados hilos pertenecientes a la luz del amanecer.

–¿Cómo te fue con la biopsia? –preguntó Fructuoso Martín.

–Cáncer. En el pulmón. Pero dicen que pueden haberlo encontrado a tiempo.

–Joder. Eres muy joven, lo superarás. Tenlo por seguro.

–Ese es mi objetivo.

–¿Qué vas a hacer mientras dure el tratamiento? ¿Vas a tomarte unas vacaciones?

–No, vacaciones no. Cuelgo la toga. He pensado en trabajar en un proyecto personal. Necesito recomponerme, tener tiempo para mí mismo, para hacer mis cosas.

–Para perder el tiempo...

–Exacto.

–Yo llevo perdiendo el tiempo ya siete años. Desde que me jubilé no he hecho otra cosa...

–Y encima las naranjas vienen amargas –le dije.

–Salen, salen. Como su puñetero dueño.

Poco después llegamos al Curro. Se trataba de un bar de carretera con un amplio aparcamiento de tierra blanca y pedregosa que normalmente ocupaban las camionetas de reparto y los coches patrulla de la Guardia Civil. Su café erguiría del fétetro a un muerto, lo que no dejaba de ser un aliciente, dada la situación en la que yo me encontraba. Cuando entramos, como si aquello fuera un *saloon* de película icónica del *Far West*, todos los parroquianos que se encontraban acodados en la barra giraron sus miradas aviesas hacia la puerta que se abría. A las nueve de la mañana no era usual que entrara la típica familia bien con sus niños pijos a pedir el excelso tortillón de pimientos fritos y cebolla que cocinaba la mujer de Curro, pero podía darse el caso. Cuando vieron a Fructuoso Martín, removieron sus cabezas a modo de saludo y volvieron a sus cafés, carajillos, *solisombras* y chupitos de *whisky*. La mayoría de ellos eran cazadores o albañiles. En una esquina de la barra longitudinal vimos a la sargento Emilia con un guardia joven y nos acercamos a saludarla.

–¡A sus órdenes, mi *sargenta*! –exclamó Fructuoso.

–Descansen...

–¿Armas? Fructuoso hace tiempo que tiene la suya colgada... en la pared del dormitorio –bromeé.

–¡Serás cabronzuelo! –gritó el anciano mientras Emilia reía y el chaval nos miraba con los ojos como platos.

–Don Fructuoso y don Daniel, les presento a Moñedo, un guardia en prácticas que tengo asignado.

–Encantado –le dije al agente, estrechándole la mano.

–Bienvenido –continuó Fructuoso.

La sargento Emilia había dejado atrás los cincuenta años haciendo bueno el dicho de que aquellos son los nuevos cuarenta. Despojada de su gorra, su largo cabello rubio estaba anudado por una coleta juvenil. Tenía rasgos grandes, ojos redondos y boca de labios gruesos. Bebía café solo doble, tan denso que hubiera podido poner en marcha el motor de una motocicleta. El guardia en prácti-

cas, en cambio, era espigado, bastante más alto que ella, aunque no tanto como yo, y tenía expresión ratonil, nariz larga, diminutos ojos, bigote en ciernes. Peinaba sus finos cabellos con la raya al lado izquierdo. No creo que hubiera soplado aún veinticinco velas. Me fijé en que llevaba el uniforme en perfecto estado de revista, seguramente acababa de estrenarlo. Era un picoletto vestido de primera comunión. Mientras hablábamos de tonterías tales como el tiempo, la temporada de caza y la última película de Tarantino, el agente Moñedo estuvo observándonos sin pestañear, calibrándonos, como si calculara el lado hacia el que calzábamos la entrepierna.

—Le he dicho al letrado que hoy pago yo el café. Espero que la autoridad me permita hacerle extensiva la invitación —expuso Fructuoso Martín, al cabo de un rato.

—Cómo no —contestó Emilia. Para una vez que te dejas caer no seré yo la que se niegue.

—¡Serás mentirosa! —gritó Fructuoso mientras apretaba con rabia su sombrero al tiempo que la sargento y yo nos descojonábamos—. ¡Mientes más que la madre de una divorciada!

—¿Cómo es eso? —preguntó Moñedo, que no había entendido la referencia.

—En los juicios de divorcio, los jueces suelen rechazar la prueba testifical de los familiares de las partes, de los que se quieren divorciar, vamos —intervine—. Sus mentiras son presumibles y prefieren no poner a nadie en el compromiso de tener que cometer perjurio.

—Pero eso a ti nunca te ha supuesto un problema, ¿verdad, Radler?

Contesté que no sin necesidad de comprobar previamente quién había planteado la pregunta porque conocí su voz y su porqué. Conocía al capitán Gil-Olmedo García de Tejero. Y conocía, mejor aún, si cabe, a María Ana, su exesposa.

Una de mis clientas.

–A la orden, mi capitán –dijeron al unísono la sargento Emilia y el guardia Moñedo.

–Buenos días –contestó.

–¡Hombre, capitán! –exclamó Fructuoso.

–Martín...

Mi amigo ofreció la mano a Gil-Olmedo y este la cazó en el aire pese a saber que no tenía la más mínima oportunidad de intimidar con su pulso a un hombre hecho a sí mismo, a un anciano a una azada pegado, a un jubilado saco de músculos que, sin mayor esfuerzo, redobló el pulso hasta hacer tañer los dedos del oficial como si fuera una broma privada entre ellos.

–Agua pasada no mueve molino, capitán. El letrado es un capullo, pero solo hizo su trabajo –intercedió Fructuoso.

Mientras esto sucedía, yo los escuchaba guardando silencio con expresión divertida. El juicio de Gil-Olmedo no lo fue tanto. Llevaba razón el capitán en que el testimonio de la que había sido su suegra, la venerable Julia Ortuño, había sido esencial para acreditar la poca dedicación a la crianza y cuidado de sus hijos del capitán de la Guardia Civil –siempre de viaje, u ocupado dándole lustre al trase-ro de su querida– y posibilitar que la juez le otorgara a María Ana la custodia exclusiva de los mismos, junto con una cuantiosa pensión alimenticia actualizada en el índice de precios interanual.

–Es algo más que un capullo, créeme –continuó Gil-Olmedo–. Es un sinvergüenza.

Si aquel bravucón hubiera insultado así a un hombre como Fructuoso Martín, al día siguiente yo hubiera tenido que asistir a este en unas Diligencias Urgentes de Juicio Rápido ante el juzgado de instrucción de Reinas porque alguien de su edad, con la vida que llevaba gastada, no aguantaba improperios de petimetre alguno, aunque llevara pegado al cuerpo como el papel de una magdalena el uniforme de la Guardia Civil, pero, acostumbrado a su-

frir algo más que severas críticas de aquellos que había tenido como contrarios, ni tan siquiera me inmuté. Tomé el zumo de naranja que Curro me había servido en vaso de tubo largo, como era costumbre en su casa, y lo apuré. Quizá en otra ocasión le hubiera dado al capitán Gil-Olmedo el gusto de un duelo verbal, pero aquel día iba a dejar que continuara pensando que la tenía más larga que yo.

—¿Qué se debe, Curro? —pregunté al dueño de la venta, que estaba apostado cerca de nosotros por si tenía que saltar la barra a separarnos.

—Esto está ya pagado —respondió, mirando a Fructuoso Martín, que sonreía, henchido de satisfacción como una naranja que hubiera salido dulce.